

ARTÍCULOS DEL LIBRO DE MARADONA

Aquí les dejo algunos artículos de mi libro para los amantes del maravilloso genio del Diego.

Espero que los disfruten.

***La dedicatoria**

***El santo nombre del Diego**

***El Diego**

***El Diego es El Diego**

***El potrero**

***Me cortaron las piernas**

***La pelota no se mancha**

La dedicatoria

Asumo que un escritor e investigador de mi naturaleza, acostumbrado a navegar por la reflexión intelectual y la disquisición filosófica, está inclinado a expresar el cariño y la admiración de un modo muy diferente a como puede demostrarlo, por medio de la fe y el apasionamiento, un hincha de fútbol. Sin embargo, esto no quita que los profundos sentimientos que albergan en mi alma y envuelven cálidamente a la persona que encarna el ídolo, mencionado en estas páginas, no sean, en esencia, iguales a los que le profesan sus admiradores y fanáticos, dentro y fuera de la cancha. ¿Qué serían, acaso, de estas quinientas doce páginas de estudio y análisis sin ese sublime y afectuoso impulso que les ha dado vida? De aquí que esta exhaustiva investigación, que he realizado cuidadosamente y con el mayor de los respetos, sea mi humilde forma de homenajear al gran futbolista argentino que supo deslumbrar al mundo en sus esplendores, y conmoverlo en sus ocasin... ¡que hasta el sol los tiene!

Por eso, a él –al hombre–, va dedicada esta obra; al propio Diego Armando Maradona.

El santo nombre del Diego

Los admiradores más entusiastas y religiosos del Diego podrían enorgullecerse auténticamente al saber que su ídolo es portador de un nombre de bíblicas resonancias, tal como lo es Rafael, Gabriel, Daniel, Mariana y Analía. En la península ibérica los patronímicos castellanos comenzaron a formarse añadiendo el sufijo ez o iz al nombre del padre. De modo que Domínguez (proviene de Domingo), Márquez (de Marco), Fernández (de Fernando), Gonzáles (de Gonzalo) y Diéguez (de Diego).

En *El enigma de los nombres y apellidos*, Teodosio Muñoz Molina explica que si bien algunos lingüistas relacionan la etimología de Diego con el griego Didakos, otros ven en él la abreviatura de Santiago, un compuesto español equivalente al antiguo nombre hebreo *Ya'aqob* o “Jacob”, el

sobrenombre de Israel, cuyo significado es (Yahweh o Jehová ha protegido), popularizado por el cristianismo gracias al culto del apóstol Santiago el Mayor, el discípulo de Jesús que, según se cree, predicó el Evangelio en España. A partir de aquí es posible trazar una ruta lingüística desde el bíblico Jacob, el padre de las 12 tribus de Israel hasta nuestro Diego, el padre de los 12 pentágonos de cuero. Gracias a que la Y, J o I son permutables, la lista de derivados puede leerse igualmente Sant Jácob, Sant Iaco, San Yaco, San Iago, San Tiago, San Diego, y finalmente, “San Diego”.

Seguramente no tenga la aureola de los ungidos en torno a su cabeza, pero sus más devotos seguidores, en el afán de imbuir al ídolo de un espíritu religioso, han encontrado la forma de anteponerle al nombre de su santo deportivo la partícula “El” como un visible título de santidad, que tal vez no barruntaban. Así terminó convirtiéndose lo que sería en la onomástica cristiana “San Diego”, lo que en el lenguaje popular se conoce como “El Diego”. Y como ocurre con la palabra “San” que fue incorporada al nombre “Santiago”, en este caso también se puede escribir decorrido “Sandiego” o “Eldiego”, que es lo mismo; como si fuera otro de los apóstoles, protegido por esta línea lingüística de la que desciende.

De todos los Diegos que puedan existir en el planeta sólo éste –el nuestro- lleva la reminiscencia del antiguo Dios hebreo antepuesta al nombre de pila y, por extensión, una ligazón indestructible entre Diéguez, Diego y Diez.

En su autobiografía, por ejemplo, hablando de que habla de todo y de todos, hasta del Papa, Diego parece percibir estas sutiles conexiones cuando reconoce ser quien dice Ser. Pues allí afirma: “Yo soy la voz de los sin voz, la voz de mucha gente que se siente representada por mí...”. Claro, él es “la voz del pueblo”, y si es *vox populi*, como reza la expresión latina, es *vox Dei*, “la voz de Dios”. E inmediatamente reafirma, pero con más contundencia: “A ver si se entiende de una vez: yo soy El Diego”.

El Diego

Los hinchas argentinos han intentado reducir la brecha que existe entre ellos y su ídolo sustituyendo a Maradona por “el Diego”. Pero no seamos ingenuos y creamos que por llamarlo así se deja de nombrar a dios.

Los que no son hinchas se preguntan, ¿quién es este individuo que transgrede los límites que todos respetamos? ¿Quién es este Diego para que se le perdone todo lo que hace? Y los hinchas responden con una tautología reveladora: el Diego... ¡es el Diego!.

Esta forma de anteponerle el artículo al nombre propio, lejos de ser un populismo de los barrios pobres o de las zonas rurales, presupone una sensación muy particular en la forma de llamar. El hincha siente que está ante un ídolo más cercano, más bajo, más llegado a él. Incluso puede sentirse como un amigo o un hermano. Con el tiempo, Diego se ha vuelto moneda corriente en el vocabulario de los hinchas y ya nadie sabe si es “el Diego” o “El Diego”. De la misma forma que al referirse a él se dice “al Diego” o “Al Diego”.

Hacer esta distinción con las mayúsculas es particularmente interesante. Y más cuando recordamos que tanto “El” como “Al” son, en hebreo, los nombres de la deidad traducidos ordinariamente en la Biblia como “Dios”, y empleado en los nombres teóforos como Elías, Ismael o Israel. La letra E mayúscula se diluye en la palabra hablada e imposibilita diferenciarla de la e minúscula tornándose así imperceptible al oído. Sólo en el aplanamiento a la escritura adquieren la E y la e visibilidad y legibilidad para el ojo.

Nos detendremos aquí para mostrar una distinción, un sentido sutil que se filtra claramente entre el pronombre personal “el”, escrito con minúscula, y “El”, con mayúscula. Y es el sentido que el hincha, cuando habla, cuando nombra a su ídolo pasa sagazmente *por lo bajo* –como lo muestra el tamaño de la letra “e” en relación a la otra “E”- sin darse cuenta que, de este modo, es incapaz de distinguir al Diego humano, pequeño y vulgar (el) del Diego endiosado o agigantado (El). Como el tono de la E y de la A mayúscula es inaudible ni el mismo hincha sabe si dice “el” o si dice “El”; o lo que es lo mismo, si dice “al” o si dice “Al”.

(El artículo continúa en el libro)

El Diego es El Diego

Como vimos, “El” es la partícula que denota el antiguo nombre de la divinidad, y “Él”, con la tilde, el artículo que se antepone a los nombres para individualizarlos y para indicar su género. La lengua castellana ha permitido que se escriba, y con las mismas letras, el nombre de Dios como el nombre del hombre. Ése nombre que representa a todos los hombres. Ese mismo hombre que llegó a la luna, pero no el que dio el pasito sino el que dio el Gran Paso: “El hombre”. El modelo universal que inmortalizó Leonardo en su famoso esquema de las proporciones armónicas del cuerpo humano, al situar su imagen desnuda entre las milenarias figuras geométricas que representan el cielo y la tierra, conocido como “El hombre de Vitrubio”. (Lo veremos después).

De modo similar a este “El” está el “Al”, la contracción gramatical “a más él”, que es también el nombre del viejo dios de los hebreos, cuya inversión en “La” la convierte en el artículo femenino. Es eso lo que nos asombra cuando le dicen dios a un genio del fútbol pero no nos inmuta, ni tampoco nos hace creer que es exagerado cuando el gran público reconoce a una actriz o a una cantante como una “diva” (diosa) y en consecuencia, la *adoren* como tal.

Cuando en la carrera de una actriz o de una cantante, especialmente de ópera, obtiene su consagración a través de una trayectoria de sobresaliente mérito, la lengua le concede a la estrella utilizar el artículo femenino “La” antepuesto a su nombre, para convertirla en “toda” una diosa estelar. Cuando Maria Callas es conocida como “La Callas”, Mirtha Legrand como “La Legrand”, Isabel Pantoja como “La Pantoja” o Sofía Loren como “La Loren” es porque la figura ha alcanzado el máximo reconocimiento que el lenguaje puede otorgarle a una mujer del espectáculo, para destacar a la estrella por encima de otras luminarias.

De hecho, Diego ha reconocido siempre a su esposa Claudia Villafañe como “la Claudia”. Él no acostumbra decirle a sus hijas “la Yanina” ni “la Dalma”, pero sí siempre le ha dicho a su mujer “la Claudia”. Lo que no sabemos es si el propio Diego utiliza reiteradamente esta forma espontánea y cariñosa de llamarla, como un intento por transformar a “la Claudia” en “La Claudia”. Como una manera de brindarle elevación, respeto y reconocimiento. Por algo al final de su autobiografía habla de ella así: “Claudia es todo dignidad... Claudia es, pura... no me gusta compararla con nadie, porque ¡es única!, es una joya, es mi joya... ella me bancó porque tiene una gran personalidad, un gran temperamento...”

Lo que ocurre es que si la palabra no se escribe, no hay manera de diferenciar, como en este caso, a una Claudia de la otra. Nadie especifica cada vez que nombra a alguien de esta manera si lo hace “con mayúscula”, que quiere decir, “palabra mayor”. Lo único que se hace es colocarle el pronombre personal delante del nombre. Claro que nadie sabe si es una forma simple y afectuosa de llamar a la persona que uno quiere o si es un verdadero título honorífico. Pues el tono con que se lo dice, no nos revela nada.

Sin embargo, este es un fenómeno lingüístico que entraña una sutil particularidad: se utiliza con frecuencia con los nombres de mujeres famosas. Pero no se da con los nombres de hombres famosos.

Cuando se dice “Carlos” no se sabemos si se refiere a Gardel, a Monzón, a Menem, al Principe de Inglaterra o al vecino de la vuelta de casa. Hay varias maneras de identificar a un Carlos del resto de los Carlos; basta el apellido, el segundo nombre, el sobrenombre, el apodo, etc. Pero también se lo puede hacer sobresalir colocando el artículo delante del nombre de pila masculino. Sin embargo, esto no es común que ocurra, sino más bien una excepción.

Por ejemplo: Alejandro Magno no es “El Alejandro”, Michelángelo no es “El Miguel”, Picaso no es “El Pablo”, Borges no es “El Jorge Luis”, ni Perón ni Fangio son “El Juan”, Olmedo no es “El Alberto”, Vilas no es “El Guillermo”, pero Maradona sí es “El Diego”.

A Frank Sinatra tampoco le decían “El Frank”, era “La voz”. Ni siquiera a Gardel, la estrella máxima del canto argentino, se lo conoce por “El Carlos”. Tenía, sin embargo, el irónico apodo de “El mudo” (la máxima contradicción de lo que él era) y “El zorzal criollo” (una comparación que más lo ajusticia). Sólo a Carlos Menem llegaron a decirle “El Carlo”, acentuando en la letra R el singular tono riojano. Pero únicamente lo hicieron los imitadores desde el humor y posiblemente en forma de burla.

Como otra forma de identificación, suele adherirse el sobrenombre al apellido y decirse “El Turco” Menem, “El ruso” Sofovich, “El polaco” Goyeneche o “La Tana” Rinaldi, etc. Pero aquí también es diferente, puesto que el artículo va delante del apodo, no del nombre propio. La cuestión es que el artículo distintivo El o La, cuya función es “endiosar”, “potenciar” y “destacar”, no sólo “universalice” el nombre de la persona amada y reconocida, sino que al mismo tiempo la haga absolutamente “singular”. Única.

En realidad, no hay ninguna figura masculina del mundo del espectáculo a la que se le anteponga –a modo de reconocimiento y no en forma vulgar- el artículo al nombre de pila, y menos que surja de allí una tautología semejante como la que plantea la del futbolista argentino. Maradona es realmente excepcional; no sólo en términos de talento sino de semántica. Pues es el único caso en el que una estrella masculina es singularizada y puesta universalmente a la altura de un verdadero Divo.

Diego se distingue de los demás Diegos por tener el raro privilegio de ser “El” Diego. Y como si fuera poco, no existe ningún otro Diego en el mundo –ni en cualquier otro mundo- que posea esta asombrosa y preferencial cualidad en su nombre. Así como el “La” de “La Callas” ha creado en el público, y en ella misma, la ilusión de ser una autentica diva (diosa); el “El” de “El Diego” sostiene entre sus fans y, principalmente en él mismo, la apariencia de ser un divo (dios).

Casi todos los grandes deportistas y artistas masculinos han surgido de orígenes humildes, como el chico de Fiorito, pero ninguno de ellos ha calado tan hondo en la lengua castellana como lo ha hecho “ nuestro “diez”. Ningún astro del fútbol ha sido asociado antes a un número y con tanta fuerza, mística y veneración como le ha pasado a Maradona, que es reconocido en todo el planeta por ser “El Diez”. A estas alturas ya no caben dudas: el destino de “el Diego” era salir del barro y alcanzar el cielo estelar convertido en “El Diego”. Por eso sostenemos que: “el Diego es El Diego”.

Esta excepcional tautología no se plantea con cualquier personaje famoso. No existe “el Alejandro es el Alejandro”, “el Leonardo es el Leonardo”, “el Víctor Hugo es el Víctor Hugo”, “el Napoleón es el Napoleón”, ni siquiera, “el Jesús es el Jesús”.

(Continúa en el libro)

El potrero

El fútbol comenzó a practicarse formalmente en las Universidades de la Inglaterra victoriana, formando una parte muy importante en la educación de sus distinguidos alumnos. En aquel entonces las famosas escuelas públicas de Cambrigh y de Oxford estaban en pugna a causa de las variadas posibilidades que exhibían sus reglas de juego, por lo que sus ilustres caballeros habían formado dos bandos bien definidos: estaban los que querían jugar a la pelota con la mano, al estilo rugby, y los que pretendían jugar con el pie, tal como conocemos hoy el fútbol. Los alumnos más toscos querían agarrar el balón con la mano y usar los pies sólo para dar patadas y zancadillas, y los más delicados, tocarlo sólo con el pie, para no ensuciarse las manos y mantener intacta su vestimenta.

Finalmente, los aristócratas de estas prestigiosas instituciones desestimaron la idea que tenía el primer grupo de “jugar sucio” (literal y metafóricamente) por considerarlo inapropiado para el deporte, y resolvieron modificar las reglas y no utilizar las manos para agarrar el balón ni para aporrear al adversario ni para sujetarlo en el piso, entendiendo que era mejor jugar sólo con los pies y sin cometer *foul*, forjando así una ética deportiva basada en el “juego limpio” (también en sus dos sentidos), tal como pretendía el otro bando. Fue así como nació el fútbol tal como lo conocemos hoy. Tiempo después se fundaría el rugby, propiamente dicho, con las reglas que se utilizan en la actualidad.

Si bien es cierto que el fútbol se inventó en Inglaterra fue en el continente sudamericano donde se reinventó este concepto. Los ingleses pudieron haber creado el fútbol, tal como se juega ahora, pero fue un brasileño y un argentino los que definitivamente lograron perfeccionarlo. Por algo la cuna del “rey” y del “dios” fue Brasil y Argentina, y no un país Europeo. Ni Pele ni Maradona salieron de las canchas de ninguna Universidad –pues jamás pisaron alguna-, y sin embargo, adquirieron una Maestría inigualable en dicho terreno. Al contrario, nacieron en los barrios más humildes, donde justamente abundaban los solares más apropiados para aprender y desarrollar este deporte. Si fueron grandes autodidactas y obtuvieron su conocimiento completo y de forma intuitiva es porque los *campus* universitarios están muy lejos de parecerse a los potreros de nuestras escuelas. Es más, si los grandes clubes de España, Inglaterra, Francia o Alemania se desesperan por arrancar de los semilleros sudamericanos a los jugadores que recién se inician en el fútbol y que más se destacan en los clubes chicos es, simplemente, porque... “en Europa no se consiguen”.

Las ideas que amparaba aquel primer grupo de alumnos, sobre el hecho de jugar sucios y “sucio”, y los del otro bando, limpios y “limpio”, contrastan notablemente con el deseo de Diego de mantener *impeccable* La Pelota; por supuesto, después de haber emergido él mismo del fango potreril, puro y radiante como una flor de loto. Es posible que el jugador pueda, eventualmente, “ensuciarse” (equivocarse) –dice “el 10”, como evocando las ideas de aquellos viejos aristócratas-, pero la pelota no se debe manchar: es una regla de oro. Diego destaca la importancia de la pelota y coloca su pureza, incluso, por encima de la del jugador. Sin embargo, un insospechado giro del destino quiso que una de las facultades inglesas más prestigiosas del mundo pusiera sus ojos en él para dar cátedra en el seno de sus distinguidas aulas. Fue increíble, pero cierto: ¡A Maradona le hicieron un homenaje en la propia Universidad de Oxford!

Como una forma de reconocimiento le entregaron una toga de graduados y, frente a una tribuna atestada de estudiantes de todo el mundo leyó durante treinta y cinco minutos un discurso,

respondió preguntas y hasta hizo jueguitos con una pelotita de golf. Luego lo nombraron: *Maestro Inspirador de Quienes todavía Sueñan*.

En la modernidad de estos tiempos banales, donde el jugador es la vedette y el balón, el último orejón del tarro, muy pocos futbolistas juegan ya por amor al juego y por defender la bandera –los colores de la tierra en que nació-, una bendita tierra que no es otra que la del potrero, la de la infancia, el suelo donde nació su primer amor: su madre. La que vendería el adulto después al mejor postor.

Hoy, la mayoría de los jugadores que van a hacer carrera al exterior, terminan contagiándose de esa vieja concepción inglesa de mantener la pulcritud en su persona, y se olvidan de la pureza de la pelota y de aquel primer sentimiento que los llevó a relacionarse con el juego y con el terreno de juego. En la actualidad, muchos futbolistas se comportan como los de aquel aviso publicitario que pasaban en la televisión argentina, allá por los años '80, donde los jugadores de la Selección salían a la cancha, vestidos de pinta en blanco, luciendo elegantes y elaborados peinados y uno de ellos decía ante las cámaras: “¡No me pidan que cabecee!”.

¿Es posible que en el mismo suelo donde nació el mejor futbolista del mundo se encuentre enterrado el secreto de su genio y figura?. Si es así, intentaremos develar aquí si es cierto que el espacio desértico, el calor sofocante, la brisa polvorienta y el suelo térreo pudieron darle forma e identidad a un jugador enérgico y noble como su tierra.

Si buscamos una clave relacionada con esta teoría sobre la geometría no euclidiana de la que hablábamos al comienzo, tal vez podamos hallarla en la definición que hacen de su juego periodistas, jugadores y admiradores. Todos coinciden en algo: “Diego jugó en los Estadios más grandes del mundo, pero cuando entraba en contacto con la cancha, jugaba como si estuviera en el potrero”. He aquí algo muy interesante que pasa siempre desapercibido.

Tal vez el giro dialéctico de una frase, relacionada con esto mismo, que también suele escucharse muy seguido, nos aporte aquí una primera luz. La expresión es: “Diego desciende *del* potrero”, que quiere decir que sus orígenes son humildes, que surgió del barrio y del barro; pero podemos invertirla con una simple modificación de la preposición: “Diego desciende *al* potrero”, y entonces entenderla como que vuelve a sus raíces desde las alturas olímpicas donde se encuentra y baja, para poner, literalmente, “los pies sobre la tierra”.

La topología de este decir, o sea, la vuelta que produce el sentido de esta frase se cierra y se compacta en el paradigma de lo que es Maradona: alguien que salió de lo más bajo impulsado por un sueño, alcanzó lo más alto cuando lo hizo realidad, y luego dio la vuelta y regresó al lugar de donde había partido. En resumen, que “viene *del* potrero y que *al* potrero se dirige” es lo mismo que sostiene la Biblia cuando dice que “nació del polvo y que al polvo volverá”. De hecho, nunca abandonó por completo su amado Fiorito y vuelve a él cada vez que puede. Cada vez que lo reclama su niño interior. Es la historia del eterno enamorado: siempre vuelve a los orígenes; al primer amor (como dice el tango).

Para los antiguos filósofos era el éter la esencia más sutil y refinada del hombre, en tanto modelo y referente, pero para nosotros es al revés, es el potrero la “quintaesencia” de Maradona; su terruño, su tierra nativa, el lugar donde nació la parte más pura y más noble de su talento, su “patria” o tierra del *pater* (padre en latín).

Pero vayamos al punto y pensemos concretamente, ¿qué significa que Diego era un jugador de potrero? ¿Qué es un potrero? El diccionario no define este concepto como el sitio destinado a practicar el fulbito de los chicos humildes, dice simplemente que es una parcela de tierra relacionada con la crianza de los potros. Pero, ¿qué quiere decir que estando en la cancha Diego

jugaba como en el potrero? Y en todo caso, ¿cuál es la diferencia entre una cancha profesional y un potrero? La respuesta es muy simple: la *geometría*. ...

(Continúa en el libro)

Me cortaron las piernas

Todo deportista tiene un talón de Aquiles. Todo el mundo sabe que un jugador de fútbol es propenso a sufrir toda clase de desgarros, tirones, fracturas, esguinces, entre otras lesiones. Así como los boxeadores están más expuestos a que les desfiguren el rostro, los futbolistas tienen más probabilidades de lastimarse los pies, tobillos y piernas, que son los lugares que los hacen vulnerables. Cuanto más habilidoso y mejor juegue, más probabilidades tiene de ser lesionado por la marcación del contrario. Todos se encuentran bajo la constante amenaza de perder la herramienta con la que, partido tras partido, construyen su carrera profesional, y Diego, en este caso –y sólo en este caso-, no es la excepción. Nadie duda de que Maradona ha sido el jugador más pateado de todos los tiempos. Son memorables los partidos en los que lo han “molido” a patadas. Todo el mundo recuerda cómo lo marcó Claudio Gentile cuando jugaron contra Italia por la segunda rueda, el 29 de junio en Barcelona. Muchos años después Gentile le reconocería a Diego que “jugó a no dejarlo jugar”.

Pero las piernas no forman solamente parte de la herramienta del futbolista, sino también funciona como una metáfora del modo de relacionarse con el otro. ¿No se dice que Diego termina siempre a las patadas con todo el mundo?. ¿No será, acaso, en respuesta a todas las patadas que le han dado a él? La cuestión principal es que adentro de la cancha no lo dejaban jugar, y a fuera, “le cortaron las piernas”. Pero, ¿es posible que su frase más célebre y tristemente representativa haya aparecido antes de que fuera pronunciada por primera vez? ¿Existe algún antecedente que sea prueba de ello? Efectivamente. ¿Dónde? En su autobiografía. Pero como no nos gusta analizar más profundamente lo que el testimonio citado ya muestra por sí mismo, nos detendremos justo en el texto para ver lo que su contenido dice por sí mismo.

En su libro, *Yo soy el Diego de la gente*, encontramos algunos vestigios de esa recordada frase que lo dejó a fuera de la competencia en aquel malogrado Mundial 94'. Todo parece comenzar cuando Diego relata la siguiente historia: “Era el 24 de septiembre de 1983. Ese mismo día, a la mañana, me pasó una cosa increíble. Fui a un hospital, para visitar a un pibito que estaba muy golpeado, porque lo había atropellado un auto. ¡Tenía las piernas a la miseria, pobrecito! Cuando me vio, se le iluminó la cara; lo saludé, le di un beso y me apuré a irme, porque esa misma noche tenía que jugar el partido. Cuando ya estaba en la puerta, él desde la cama, hizo un esfuerzo y casi me gritó: *Diego, ¡cuidate, por favor, que ahora van a por ti!* Eso me dijo: *ahora van a por ti*”. ¿Es posible que a partir de este momento el fantasma de “las piernas cortadas” tuviera para él el peso de una espada de Damocles?

A Diego le sonó un tanto extraña esta expresión, como puede sonarnos a todos los que no somos españoles y hablamos castellano; pero a él por otra cosa. La frase que el chico le grita: *Diego, ¡cuidate, por favor, que ahora van a por ti!* parece llevar implícitos dos niveles de lecturas muy evidentes. En las dos se ve un claro sentido de advertencia, pero en la primera sólo se ve la preocupación del chico, expresada, casi con cierto temor, y una súplica dirigida a la precaución que deberá tener Diego sobre un hecho que, en apariencia, encierra cierto nivel de peligrosidad. En cambio, la segunda lectura suena muy diferente; se parece más a una amenaza mafiosa que a la súplica de un chico convaleciente. Es como si el pequeño “Corleone” susurrara su sentencia

lapidaria: si vos me hiciste esto, cuidate..., “por favor...”; porque ahora la vas a pagar. “Van a ir por vos”.

Diego dice que en esa época había una gran disputa entre los que corrían y los que jugaban, y que él era algo así como la bandera de los que se divertían con la pelota, justo en el país donde más se pegaba. “Porque –como dice él- los italianos sabían marcar, pero los españoles te *asesinaban* en la cancha”. “Los defensores italianos no eran como los españoles; en España te mataban a codazos, a patadas, a mí me pegaron *hasta en la lengua...*”. (la cursiva es nuestra) ¿Sería para que no hable? Después cuenta la historia de cuando Andoni Goikoetxea lo fracturó mientras le iban ganando tres a cero al Athletic. Cuando vio la jugada dos días después por la televisión del hospital de Barcelona, en el que estaba internado, dice: “Yo no lo había visto venir en la cancha. Si no, lo habría esquivado, como tantas otras veces ante tantas otras patadas. Pero sentí el golpe, oí el ruido, como de una madera que se rompía, y enseguida me di cuenta. Cuando se acercó Miguely y me preguntó qué me pasaba, cómo estaba, le dije, llorando: “Me rompió todo, me rompió todo””. Diego cuenta la forma en que sucedió la lesión así: “...Entonces piqué con él (Goiko), le gané, la puntí, y cuando fui a pisar para girar y salir, track, vino el hachazo de atrás, sentí que se me aprisionaba la pierna, que tenía todo destrozado...”

Diego dice que Goicoetxea había quebrado a Shuster y que el problema era con él. Y que cuando pasó eso él levantó la pierna y quería mover el pie, pero “lo tenía muerto”, ¡el que terminó siendo inmortal! ¿Paradójico, no?. (Ni tarjeta amarilla le sacaron). La operación de la pierna fue televisada y los españoles sacaron titulares de los más alentadores, que decían: “Después de la rotura no juega más”. Sin embargo, pese a todos los pronósticos desalentadores, Diego se recuperó en tres meses y volvió a jugar en tiempo récord. Lo hizo contra el Sevilla, ¡y con dos goles suyos!

El asunto se pone interesante cuando Diego dice que, mucho tiempo después, cuando ya estaba en Italia y volvió a España para recibir un premio como mejor jugador iberoamericano, José Luis Núñez, el presidente del Barcelona (una persona que Diego detestaba profundamente) buscó venganza y le inventó una historia que pudo haberle salido muy cara. Entonces dice algo sorprendente: “Un pibe dijo que yo lo había atropellado con el auto y *le había quebrado las piernas*. La policía me fue a buscar a la entrega de premios y me llevó preso”. (la cursiva es nuestra) Lo que no queda en claro es si este chico que lo acusa de haberlo atropellado es el mismo que él fue a ver al hospital y le gritó que se cuidara. Puede ser el mismo, pero Diego en ningún momento no lo aclara y el texto no lo dice. Y agrega: “Los jugadores se enteraron y me fueron a buscar... Estaban Schuster, Hugo Sánchez, Juanito, que en paz descansen... Juanito les gritaba, desde afuera de la comisaría, ¡Viva Franco!, y yo adentro, firmando papeles y mirándolo a los ojos al pibito: “¿Cuándo te pisé, yo? ¿Cuándo? ¡Contales todo, deciles que es una mentira de Núñez, por favor!”.

(Continúa en el libro)

La pelota no se mancha

Volvamos a Diego y veamos la manera en que puede ser leída y comprendida su poderosa y sugerente frase, pues no hay otra expresión dentro del mundo del fútbol que sea tan profunda y conmovedora –después de “me cortaron las piernas”- como esta de que “la pelota no se mancha”. Nosotros, bajo nuestro singular método de lectura, hemos podido distinguir aquí dos sentidos clara y definidamente distintos: que “no se mancha” quiere decir que *no se debe* manchar, y que *no se puede* manchar. En el primer caso pareciera haber una ley implícita, una prohibición

determinada por el cual la pelota no se debe manchar; y en el segundo, una imposibilidad tácita, un impedimento concreto por el cual no se la puede manchar.

Pero antes de iniciar el recorrido investigativo reubiquemos primero esta locución en el contexto real en el que fue pronunciada. Lo que Diego dijo el día de su despedida en la cancha de boca, abrazado a sí mismo (literal y metafóricamente en el gesto de abrazarse), fue: “Yo me equivoqué y pagué; pero la pelota no se mancha”.

A simple vista, lo que el ex jugador estaba diciendo con esto es: la pelota la manché yo, con mi equivocación, pero no se preocupen porque ya pagué; pero luego es como si dijera: la pelota (que es justamente para que la toquen todos) es –pese a mi equivocación- intocable, y nadie puede ni debe mancharla, ni siquiera yo, que soy Maradona, que lo hice, y sin embargo no la manché. Por eso decreto que, de aquí en adelante, “la pelota no se mancha”.

En este sentido, Diego se permitió instituir una ley, sostenido o avalado por su propia trasgresión a la que llama acertadamente “equivocación”. Aunque, para ser rigurosos, tampoco podríamos hablar exactamente de trasgresión, pues cuando él se equivocó no había ninguna ley anterior que hiciera de su error una violación a ella. En todo caso, podríamos decir que Diego se atrevió a dictar una ley sólo después de haber sentido que había trasgredido una.

Según nuestra particular consideración, la pelota de la que habla Diego no se encontraría dentro de nuestro mundo sino dentro del mundo platónico, que, filosóficamente hablando, es un mundo de esferas perfectas. Para Platón hay un mundo fenoménico (el nuestro) y uno ideal (que está más allá del nuestro), aunque para él el mundo real es éste, y el fenoménico, el ilusorio.

Durante toda la Edad Media el discurso platónico entretejió finamente sus bases con el discurso religioso, siendo una de sus más potentes representaciones la que se fija en la concepción de las esferas etéreas de cristal, movidas, por supuesto, por la mano Dios. En este mundo material hay pelotas concretas, con apariencia de perfección, que para el filósofo griego serían como réplicas imperfectas de una sola pelota ideal, la que sí sería perfecta. Si en el mundo de las ideas se encuentra todo lo perfecto, porque Diego, una persona profundamente creyente, no habría de postular la pelota “perfecta”, la pelota que no se mancha.

Las pelotas comunes, las que pertenecen a nuestro mundo, ésas sí se ensucian; pero la ideal (que es la de Platón, decimos nosotros), la pelota de la que habla Maradona, ésa no. Él dice: los hombres juegan con las pelotas reales; pero con la pelota del niño (la ideal), la que es modelo de todas las pelotas reales, plausibles de ser manchadas por la mano –o la lengua- del hombre, con ésa... “no se juega”. A la luz de esto, la postulación de Diego es, verdaderamente, una postulación platónica.

Pero, ¿qué lugar le otorgan los futbolistas a la esfera de cuero? Según parece, el lugar más alto, el más relevante. ¿No se dice acaso que la pelota es “la novia del jugador”? ¿Vendrá de allí el sentido orgásmico que se le atribuyen a los goles que se clavan en el ángulo? Pues bien, llegamos aquí a lo que para nosotros es el asunto más importante que subyace en la frase que inmortalizara Diego, y es nada menos que la pureza o la *impecabilidad* de la novia virginal del jugador.

En el mito cristiano, la Virgen concibe sin mácula (sin mancha), de ahí que se llame a este acontecimiento la “Inmaculada Concepción”. Diego la concibe sin mancha y es inconcebible para un cristiano concebirla manchada. El idilio que tiene el futbolista con la pelota es esencialmente el mismo que vivió de niño con su madre. Por eso no hay jugador que no haya sido concebido por su novia–madre (la Madona) y, especialmente, Él (Maradona). De allí que Diego diga “la pelota no se mancha”, que es otra forma de decir “con la madre no se juega”, ya que es ella la que sustenta la imagen del “pelusa” como “monstruo” (niño prodigio) y como “ángel” (niño Dios).

No olvidemos la importancia que tiene para la religión cristiana “la mancha” y “el pecado”. En esta misma ley de que la pelota no se mancha, está la misma letra que la torna “impecable” (no pecable). Esa es la razón por la que el mismo Diego no sólo reconoció, en la propia cancha de boca y ante cincuenta mil admiradores suyos, la gravedad de su “pecado” (equivocación) sino que también admitió haber “pagado” por cometerlo.

(Continúa en el libro)

HUGO CUCCARESE
(Del libro “El nombre de DIOS, Maradona)

Hugo Cuccarese